

Qué psicoanálisis para el siglo XXI

Cómo nos cambia un mundo que cambia
(verano-otoño 2019)

MARCELO VIÑAR*

Estoy muy agradecido por la invitación, la esperaba hace mucho tiempo; porque, como diría Lévi-Strauss en su *Antropología estructural*, entre POA y MVD tenemos una distancia óptima, geográfica y cultural, para preservar y hacer trabajar la heterogeneidad, una cercanía que no nos homogeneiza. Lo singular se define en las pequeñas diferencias. Gauchos y *gaúchos* somos distintos pero afines en la lengua, en la historia, en los hábitos del mate o cimarrón, del asado o el churrasco.

Por eso, habida cuenta de quiénes son ustedes para mí (en mi imaginario) e imaginando quién puedo ser yo para ustedes, escogí la estrategia no de pensar una conferencia, sino de procurar pensar en voz alta algunas cosas del oficio que me parecen candentes en la actualidad del movimiento psicoanalítico para invitarlos a una conversación o un debate.

- 1) El freudismo en los tiempos actuales: cómo nos cambia un mundo que cambia.
- 2) Qué continuidades y rupturas (saludables o nocivas) con la herencia freudiana.
- 3) Qué cambios hay en la cultura o en los pacientes y en el pensamiento de los psicoanalistas.
- 4) El Sujeto inconcluso y anhelante del freudismo: sus peripecias en el mundo de hoy. Neurosis y casos límites.
- 5) El sobresalto o estallido de los imaginarios colectivos y los tiempos de la posverdad.
- 6) La epidemia de los casos fronterizos. ¿La postura del psicoanalista es la misma?

*Marcelo Viñar
Psicoanalista titular
y didacta de la Asociación
Psicoanalítica del Uruguay.

marcelo.vignar@gmail.com

* * *

Permítanme una digresión. Volver a POA remueve en mí cosas muy hondas de mi mitología personal. Llegué por primera vez en 1959, en un tren de trocha angosta —siendo todavía estudiante—, por un congreso latinoamericano que organizaba el Centro de Estudiantes Sarmento Leite: Primer Congreso Estudiantil sobre Psicología Médica. El embajador y referente para la delegación uruguaya fue Luis Ernesto Pellenda, que nos recibió con calidez y a quien rindo homenaje de calor y amistad. Yo le hablaba en portugués y él me dijo: “Habla español que yo entiendo. Si hablas eso que tú crees portugués, no te entiendo”. Allí conocí y escuché a Marie Langer, Werner Kemper, Arnaldo Rascovsky y Ángel Garma, algunos de los cuales dejaron una huella honda con una fotografía de fecunda diversidad humana que confirma el ejercicio de nuestro oficio. Lo presencial es marca en la transmisión del psicoanálisis. Pero la marca más profunda es que aquí encontré una chilena que con el tiempo se hizo la compañera de mi vida y la madre de mis hijos. Ipanema del Guaíba es un mito en mi existencia.

La vida resulta, pues, una mezcla de planes (que requieren trabajo y talento), pero también de sorpresas inesperadas; golpes de timón que cambian con el tiempo y abren o desatan nuevos destinos.

* * *

Con lo que precede no quiero contarles mi vida, quiero tomar posición: la humanidad de un sujeto no es sólo endógena y anhistórica. Su humanidad se despliega en sus vínculos e itinerarios transgeneracionales y contemporáneos. No hay sujeto aislado, así lo consignó Freud diciendo que toda psicología es psicología social. La experiencia freudiana, el pro-

ceso analítico, no es -ni puede ser- ajena a este hecho. Hay prácticas analíticas que lo reconocen y valoran; otras que lo desconocen y sólo valoran las fantasías originarias fuera del tiempo y el espacio.

Cierto que Freud también sostuvo que el psicoanálisis no era una *Weltanschauung*, una concepción del mundo, sino una teoría sobre el funcionamiento de la mente. Pero yo prefiero ser un freudiano con una frontera porosa, sin el encierro agorafóbico en el mundo interno: sólo trabajar las identificaciones y las fuerzas pulsionales de manera exclusiva.

Trabajo en la multicausalidad. Concibo al psicoanálisis como un gajo de una antropología general, poroso a una multicausalidad, no permaneciendo encerrado en el territorio de la Otra Escena, la del inconsciente y la causalidad fantasmática, que se puede privilegiar pero no hacer exclusiva en los determinismos que genera. Yo sé que esta afirmación es controversial y que prestigiosos colegas combaten esta concepción y que arriesgo el anatema de “eso no es psicoanálisis”.

* * *

Quisiera plantear nuestro (breve) encuentro más como un conversatorio que como una conferencia. Desde mis tiempos de estudiante pienso que la clase magistral se reemplaza con ventaja por la lectura personal (o en yunta o en grupo). El lector dispone de un tiempo escandido, segmentado, en el cual se detiene y dialoga con el autor: lo aplaude, lo admira, o lo pelea y se enoja con él. En ese movimiento reflexivo, el lector construye o reformula su propio pensamiento, sus creencias o adhesiones o discrepancias, los puntos ciegos y baluartes.

En la conferencia este ritmo sincopado se pierde, el oyente corre sin pausa tras el orador para no perder la secuencia, es como en el cine. Pero la imagen sedimenta de otra manera que la pala-

bra. Y conste que soy cinéfilo, pero José Bleger decía que hay libros para leer y otros para pensar. Hay escrituras fluidas en las que uno lee deslizándose; otros son como escalar en ascenso vertical. Diana Sperling propone el *Slow Thinking*.

La charla privilegia lo presencial en contraste con el repliegue y la soledad del lector. La conversación introduce lo inesperado, la sorpresa, el cambio de ruta que introduce el interlocutor, que mira desde otro lado y nos desafía a estar disponibles para acoger el desacomodo que el otro (álter) nos provoca. Es más cercano al diálogo en sesión siempre que no caigamos en la querrela de la diversidad de capillas teóricas. Yo prefiero el desorden de la memoria republicana que la verdad monolítica de la religión o la monarquía.

Para comenzar, una confesión: la vocación

Si en los tramos finales de mi ya larga vida vuelvo a preguntarme: ¿qué me empujó al psicoanálisis y qué fue lo que luego me llevó a convertirlo en un oficio? ¿Una ciencia? ¿Una artesanía? ¿Una experiencia? Preguntas que cada uno puede consultar esta noche con la almohada. Son distintas perspectivas para pensar el mismo objeto.

Curiosa vocación: uno va al análisis por sus síntomas, por sus congojas y malestares; y luego —durante el proceso— lo va mutando o transformando en un oficio o profesión que luego nos alimenta tanto sustancial como vocacionalmente. Oficio tildado por su fundador como imposible (a la par del de educar y gobernar); quiere decir con esto que existen múltiples soluciones en la disciplina, menos la mejor, menos la óptima. Y esto nos diferencia de las ciencias naturales. Cada quien es responsable de su elección.

Con la regla fundamental, Freud inaugura un diálogo inédito, radicalmen-

te distinto de otros diálogos humanos. Cumpliendo la regla de oro (utopía imposible, pero referencia necesaria), volvemos a descubrir que la razón está lejos de ser el único timón de nuestros pensamientos y acciones. Punto clave del descubrimiento freudiano, a reiterar hasta el cansancio. A pesar de la reiteración, cada vez tiene la frescura de la primera vez.

Descubrimos que el humanismo de la moral greco-judeo-cristiana, que debería regir la historia de Occidente, también está habitada por los alacranes de la crueldad, la abyección, y los más diversos términos que califiquen la destructividad humana. La situación actual del planeta lo confirma plenamente.

Si bien los adultos promediales transitamos buena parte de nuestra existencia por los senderos de una cierta normalidad bondadosa, todos tenemos (dice George Bataille) momentos de exceso que ponen en juego el fundamento de quiénes somos. Y es inevitable pasar por allí, asomarnos al perverso polimorfo de los comienzos. Por el contrario, evitando esos momentos negaríamos quiénes somos. Los estadios primitivos —dice Freud— pugnan siempre por volver a instalarse en el ser individual y colectivo. El psiquismo primitivo es imperecedero. Las palabras no saben lo que pasa.

* * *

Opina el psicoanálisis que cada quien está marcado por sus comienzos. Nací en Uruguay, en una ciudad de 40 mil habitantes, junto al bello y paterno río, el de los mejores atardeceres del planeta para volver verdad la mentira de toda exaltación que hacemos de lo propio y tener la ilusión de poseer lo excelso.

Nací de un padre agnóstico y una madre creyente en una familia judía en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, en la cual el significante judío

tenía resonancias intensas durante el nazismo y la *shoah*.

Son recuerdos hipernítidos. Falto de información, el sujeto crea ficciones con pocos datos verosímiles y muchos enigmas, en la frontera entre lo creíble y lo fantástico. Allí nace el sujeto descentrado, es decir, inconcluso y anhelante. Pero el horror de la guerra era lejano en mi Paysandú soleado, y sólo se reflejaba en las muecas de mi padre, durante el informativo de radio Ariel, describir el diálogo gestual.

En aquella época, la creencia de que “los niños no entienden” era dominante. Además, comunicar el horror a un niño pequeño resulta una tarea casi imposible de enfrentar. Se resolvía con el silencio, el secreto y la evitación del tema. Junto a mi escolarización regular, fui alumno de idiomas desde los 7 años: inglés y hebreo, bastante bueno en inglés, inhibición total del aprendizaje en el segundo como consecuencia de un enigma que sólo el psicoanálisis se atreve a explorar. ¿Será que mi exaltado latinoamericanismo es una formación reactiva del antisemitismo?

Mi madre preservaba sumariamente ritos y tradiciones; mi padre, con gesto adusto, pensaba, sin haber leído a Marx, que la religión era el opio de los pueblos, y sostenía un racionalismo primario y sólido. El sentimentalismo era cosa de mujeres, a mirar con desdén.

Como ustedes saben, en Teoría Psicoanalítica la amnesia infantil fue transformándose poco a poco en el posfreudismo, en el “enigma de los orígenes”, es decir, nuestras hipótesis o conjeturas acerca del tiempo *infans*, ese tiempo sin palabras propias del que sólo tenemos modelos hipotéticos (como los astrofísicos postulan el Big Bang: como la coyuntura más verosímil que les permite estudiar el universo de estrellas y de galaxias).

Nada de verificable sabemos sobre el nacimiento del psiquismo, pero nece-

sitamos crear modelos o ficciones que son hitos o puntos de partida de nuestra escucha en la sesión. La teoría freudiana de la identificación primaria.

De consiguiente, nuestra identidad primaria (pensamiento animista: coincidencia entre mi mente y el mundo, autoverdad, *res et intellectus*) nos viene asignada por la cultura vigente vía los padres. Es una construcción dinámica otorgada desde afuera, pero fuente originaria e ineludible de identidades ulteriores. “*Ready-made*”, una materia prima que cada quien cocina y prepara a su manera. De ahí la singularidad. Es un “origen” que no necesita dar precedencia a la genética ni a la filogénesis.

La cultura y el lenguaje no vienen después, sino que son simultáneos, y yo creo que determinantes primordiales.

La leyenda del origen es una mezcla de datos y ficciones, pero el producto resultante es una verdad; nunca verificable, pero siempre verdad. No hay alternativa con el error o la falsedad; son las creencias originarias.

La patología del origen es el vacío o la carencia o la desertificación de esa leyenda. Esto me parece crucial para los casos límites y para la psicología de los excluidos.

La humanidad de un sujeto se construye en cinco generaciones: dos en ascendencia (padres y abuelos) y dos en sucesión (hijos y nietos). Su eficacia y consecuencias son aún más fuertes en los huérfanos —en los que queda la marca de la falta más fuerte— que en la genealogía normal, donde urdimos un puñado de imaginarios diversos. Lo que falta tiene efectos y consecuencias más fuertes que lo que existe.

Sobre este punto volveré —porque es el punto central de mi presentación de hoy—: el intervalo entre la cura clásica para estructuras predominantemente neuróticas y la epidemia actual de los casos límites, los fronterizos, con gruesos

trastornos de simbolización o exceso de núcleos psicóticos, en el sentido de Bion, o las locuras privadas de Green, o para la mente de los excluidos y los menores infractores.

Como indica Freud en su texto *Sobre los recuerdos encubridores*, el pasado precursor, lo que conocemos como memoria, el recordar, no es unívoco y homogéneo, sino múltiple. El neurótico dispone o fabrica una novela familiar, el fronterizo la fragmenta en capítulos inconexos.

Pero cuando hablo de mí, todo esto es mi reconstrucción racional, más de medio siglo después. En la primera infancia antes de que hubiese lenguaje: *"L'enfance avant qu'il ait du langage, il y avait du corps, un magasin de mémoires"* ("En la infancia, antes de que haya lenguaje, hubo allí un cuerpo, una tienda de memorias"). En hogar parental, hubo un estante muy apreciado que era la pasión de mis padres por la enseñanza superior, universitaria. Privilegio que ellos no habían tenido, como inmigrantes de primera generación.

* * *

"Confieso que he vivido", escribió Pablo Neruda cerca del final de su vida. Pero no se necesita ser Premio Nobel para pronunciar esa frase... alcanza con ser un humano corriente para ser capaz de articular lazos con un pasado fundador y transitar un tríptico vivencial de recuerdos, marcas y experiencias con un futuro de anhelos y proyectos.

"Si grito mi nombre [decía el biólogo François Jacob en su vejez] acuden a mi mente una multitud de experiencias, situaciones y escenarios. Pero soy capaz de buscar y encontrar cierta sintaxis y coherencia de esa amplia y heterogénea diversidad". Esta es la resonancia que tomo y amplío a partir de la propuesta freudiana de novela familiar

del neurótico. Tomo lo que precede, ser novelista de uno mismo, como una utópica normalidad, como el anhelo de un ideal, para contrastarlo con el fracaso, la incapacidad de lograrlo en los casos o estados límites y en la patología del excluido. La fatiga de ser uno mismo, el vacío o la desertificación de la experiencia emocional y de pensamiento es la expresión del padecimiento psíquico de los casos que llamamos *límites* o *borderline*. Como expresión única o acompañado de un pasaje al cuerpo o al acto, como catarsis de un psiquismo no disponible. *Nuda vida*, en términos de W. Benjamin, retomados por Corea y Lewkowicz.

Désir de rien, "deseo de nada", titulaba su padecimiento una anoréxica grave, o tapar ese vacío con escarificaciones o cortes en la piel para sentir la existencia —el ser— en el dolor, o transformarlos en juegos con la muerte, o en intentos frustrados o logrados de suicidio, o taparlos con adicciones o toxicomanías.

* * *

La escucha de estos pacientes se distingue fácilmente del discurso desquiciado del psicótico o de las cadenas significantes que va organizando la regla de oro de la libre asociación en el neurótico; o el orden metódico que se propone la introspección racional es un género de discurso, específico y reconocible.

Son capítulos coherentes (por eso Green les llamó "locuras privadas"), pero que no logran continuidades metódicas y prodigan errancias incongruentes y la queja o angustia de quien las padece; una captura en el sin sentido. O, como definía C. Paz, son "estables en su inestabilidad".

Ésta es mi lectura de lo que frecuentemente lleva el nombre de fallas en la simbolización, un término tan abarcativo que concluye siendo equívoco.

* * *

Eso me ha empujado, con el auxilio del vocabulario de Laplanche y Pontalis, a intentar una semántica elemental a la que se puede adherir o refutar.

No sólo Lacan, sino también el antropólogo J. P. Vernant señalan la centralidad del lenguaje articulado para definir la condición humana más que la posición erecta o la función de prensión que antes se destacaba.

Somos seres hablantes (*parlêtres*) (sin omitir otros registros de percepción y comunicación). A diferencia de los animales cuya inteligencia es situacional y perceptiva, que acontece en un presente perpetuo, los fonemas permiten crear objetos de pensamiento en ausencia de su percepción. Esto es el nacimiento del psiquismo: el pensamiento simbólico. El lenguaje articulado y su consecuencia, el pensamiento simbólico, es la maravilla de la especie y el origen de su penuria.

Con Freud hacen relieve, en sus sucesivos esfuerzos por distinguir procesos primarios (inconsciente) y secundarios (conciencia y preconciencia), varios pares de opuestos: representación de cosa (visual), representación de palabra (acústica) (identidad de percepción, identidad de pensamiento), y los nexos o barreras entre estos pares.

¿Cómo es el tránsito? ¿Cómo discernir el trayecto entre cosa y palabra (símbolo)?

El símbolo no es la cosa, pero la re-presenta; o volviendo a la leyenda griega, es algo que sanciona la partición (la separación) reconociendo una pieza que estuvo originariamente unida, soldada.

Yo pienso en la boca y el pezón, en el universo sincrético que precede a la discriminación Yo-mundo, o cuerpo mente y mundo externo.

Allí, en los tiempos iniciales, tampoco hay tiempo desplegado que reconozca

presencia o ausencia; como insiste Melanie Klein, hay sólo presencia; sea del idilio con el buen objeto, o el de desamparo y terror con el mal objeto, aún no reconocido como el buen objeto ausente.

No es una experiencia puntual sino diacrónica, una cantidad de experiencias sucesivas.

Este es el cuento que yo me hago sobre los orígenes para entender las relacionales duales, las experiencias fusionales que caracterizan las fijaciones primitivas que, según piensa el psicoanálisis, determinan las patologías graves.

Como explica Daniel Gil, pensando con Freud, la identificación primaria es el complejo proceso de superación del sincretismo primario o de las conjeturas de J. Lacan y D. Winnicott sobre el estadio del espejo.

* * *

Después de los teóricos de la modernidad, no tengo nada nuevo para aportar de la neurosis, pero el psicoanálisis siempre se dirige a lo desconocido o enigmático.

Las hipótesis (teóricas) que me surgen —pensando en la epidemia de los casos límites— son cuáles son los factores que fomentan y cuáles los que obturan ese transporte o transferencia de la cosa a la palabra (al símbolo) y nos confrontan a la irrepresentabilidad de las experiencias tempranas.

Procurando no desconocer los factores tradicionales que estudia el psicoanálisis desde las tópicas freudianas, pulsiones superyó, fantasías originarias, me parece desacertado no mirar en los bordes de la disciplina y asomarnos a pensar cómo nos cambia un mundo que cambia: en qué difiere el sujeto posmoderno, el de la modernidad líquida, del sujeto de la modernidad sólida, que Laplanche llamó *interrogador* y *autoteorizante*.

En la era informática, los cambios se procesan a un ritmo y velocidad inédita en la historia humana, desconocida en la sociedad tradicional, en la cual los cambios societarios insumían décadas o siglos, y que, en nuestra época, el ritmo es comparable al de la carreta o diligencia con el de la aviación.

En Occidente, la emancipación de la mujer, luego de siglos o milenios de hegemonía androcéntrica, pauta la magnitud de los cambios de la moral victoriana y la familia judeocristiana. ¿Quién se anima hoy a definir la sexualidad neurótica y la perversa?

* * *

Para el *borderline*, el mundo de la imagen, de lo transitorio y efímero, las identificaciones que sedimentan para construir un zócalo fundador y precursor son más frágiles, con menos densidad simbólica. La delgadez del espacio psíquico resultante promueve la descarga en el cuerpo o en el acto.

* * *

Hace décadas escribí para un congreso de FEPAL (Río, 1990) un texto que llamé *De la Torre de Babel a los senderos fundadores*, consignando como en el posfreudismo; el mensaje se diseminaba o dispersaba en diversos autores y distintas escuelas (británica, francesa, del norte y latinoamericana). La relación de los fenómenos inconscientes con la cultura y la historia de la sensibilidad son una materia de estudio difícil pero necesaria, sobre todo en una cultura planetarizada.

Las teorías: ¿cuál será la buena? La mía, por supuesto. Si no fuera así, optaría por la otra que fuese mejor. En un mismo tiempo y lugar, André Green sostiene que la fuerza de la pulsión es el núcleo de la experiencia psicoanalítica;

Jean Laplanche refuta y publica: "El extravío biologizante de la sexualidad en Freud" (Amorrortu, 1993).

¿Habrá una teoría verdadera? Ejemplos de divergencias de este tipo son innumerables: por eso pienso que el psicoanálisis es una disciplina conjetural, y es deseable que así lo sea. Por eso no aplaudo la investigación empírica que financia la API.

El hecho de que cuestionemos (la noción de teoría verdadera y falsa) no implica que todo aporte tenga el mismo valor, que se fomente el vale todo, sin calibrar la penetración expresiva y comprensiva que los modelos teóricos nos aportan, y son por ello necesarios o imprescindibles.

Pero con las divergencias se puede crear una querrela adobada de arrogancia —o una controversia— en la que con forzosa humildad sostenemos la dignidad del adversario, cualidad que no abunda en nuestra tribu.

Yo pienso que nuestra fragilidad en la sesión nos vuelve altivos y petulantes en el debate.

Volviendo al ejemplo de Laplanche y Green, yo he aprendido de ambos, aunque postulen puntos de radical y flagrante incompatibilidad. Lecturas que abren surcos en el tema tan difícil de resolver de qué es endógeno y qué es relacional en los estratos primitivos de la mente. (Éste podría ser un punto de debate de opiniones y, si progresáramos en la comprensión, podríamos ahondar los nexos de lo individual, lo íntimo y lo colectivo como determinantes en la existencia humana).

A diferencia de las ciencias de la naturaleza, en las ciencias del sujeto carecemos de certezas, sólo tenemos ficciones teóricas y pensamiento crítico. Postulados que son, sin embargo, imprescindibles en el trabajo clínico. Sobre el tema de los fundamentos volvamos una y cien veces.

Para este momento del movimiento psicoanalítico, un punto que me parece candente a discutir es lo que provisoriamente llamaría debate entre conservadores y renovadores. El tiempo breve me empuja a un planteo esquemático, casi maniqueo: el tema de la frecuencia semanal es el síntoma del escándalo.

La experiencia freudiana: ¿ha perimido?

Dentro y fuera de la tribu (comunidad psicoanalítica) hay quien declara la crisis o muerte de la experiencia freudiana, apta para el sujeto interrogador y autoteorizante (propia de la modernidad sólida), e inepto para los sujetos del Twitter del mundo actual, poco dispuestos a la aventura de ser "Ulises", odiseos del inconsciente. Demasiado lento para los ritmos epilépticos de la actualidad. A este respecto yo soy menos catastrofista a pesar del notorio envejecimiento de nuestra comunidad científica. (Brasil y Sudamérica son una excepción). Los decepcionados de las curas mágicas son una fuente de nuestra clientela.

El psicoanálisis no está crisis, el psicoanálisis es crisis, y en la civilización de la imagen, del vértigo, somos guardianes de la palabra, del relato reflexivo. Como dice el poeta: "del diálogo insistente con el hombre que siempre va conmigo" (A. Machado).

En un extremo de los planteos, la carta de David Tucket en nombre de 14 institutos angloparlantes del norte de Europa, reivindicado el modelo Eitingon como el único legítimo, con sus 4-5 sesiones semanales de 50 minutos para lograr el oro puro de la experiencia freudiana, supongo que deslegitimando el modelo francés y el uruguayo, que admiten 3 sesiones, aunque inviten a una intensificación en momentos clave de transferencia caliente. Va implícita la descalificación de Tucket, expresada en

tono imperial viniendo de países donde la seguridad social y el derecho a la salud financia una parte sustantiva o la totalidad del costo del tratamiento.

Lejos de esto estamos en Latinoamérica, y debemos optar entre un psicoanálisis para élites o modificaciones en el encuadre tomando en cuenta los tiempos de traslado en el crecimiento exponencial de la ciudad.

En una postura opuesta a la obediencia al modelo formal y a la ortodoxia religiosa, en Latinoamérica han proliferado una diversidad de experiencias, con encuadres distintos argumentando lo posible por encima de lo ideal, y se ha expandido el análisis extramuros, el análisis exportado, los trabajos con pareja y con familia.

El asunto de la frecuencia semanal lleva adosado el de la regresión y el imperativo de discernir entre regresión terapéutica y regresión patológica. En el análisis kleiniano clásico conocimos la utopía de reconocer en el aquí, ahora, conmigo, las emociones primitivas del tiempo *infans*, y queda siempre pendiente la valoración de las ventajas e inconvenientes de esa regresión. En nuestra formación había analogía entre la propia experiencia en el diván y lo que buscábamos con los pacientes. Hoy, esta simetría tiende a perderse.

Como bien plantea Green en su libro *Locuras privadas*, y en su diálogo con F. Urribarri en la revista de APA: "Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo", el punto central es reconocer los defectos o fallas de simbolización en los casos que antaño llamamos *fronterizos* o *borderline*. No es el mismo psicoanálisis el de la patología del conflicto que el del paradigma del acto.

En Lyon, un grupo liderado por Anne Brun y René Roussillon postulan la existencia de un proceso de simbolización y otros de des-simbolización. Estas lecturas implican el reconocimiento

de que —con frecuencia— la solicitud o demanda de análisis se formula en términos diferentes que décadas atrás. No son los mismos pacientes ni el mismo entorno cultural.

* * *

En las últimas décadas del milenio que concluyó —tiempo que Manuel Castells llama “la era informática”—, ocurren fenómenos sociológicos que modifican nuestra existencia. No tengo tiempo ni capacidad para enumerarlos en su totalidad, pero deseo al menos poner de relieve los rasgos más sobresalientes.

La urbe crece exponencialmente y la expansión del automóvil y la aviación modifican los ritmos de nuestra existencia cotidiana. La irrupción de la revolución digital y sus tres máquinas emblemáticas (la televisión, la computadora y el celular) son causa y efecto de estos cambios radicales en nuestros ritmos y vínculos cotidianos que son más frágiles y efímeros que antaño.

Paralelamente, los cambios en la historia de la sensibilidad con la emancipación —en Occidente— de la mujer, luego de milenios de la hegemonía androcéntrica, del control de las enfermedades de transmisión sexual, reformulan la noción de intimidad, modifican las fronteras entre sexualidad legítima (o sacralizada) y transgresora, y adviene tanto el reconocimiento como la legitimización social de la diversidad sexual, que es objeto de culto de investigaciones actuales. Las fronteras de lo público, lo privado y lo íntimo cambian a ritmo vertiginoso.

Los párrafos que preceden requerirían un desarrollo más extenso, pero tal vez no sea necesario, ya que los vivimos cotidianamente. La cuestión que importa es definir cuál es la influencia de estos imaginarios colectivos en el recato de nuestro trabajo clínico. Muchos opinan que ninguno, y que la exploración del

mundo interno de la vida erótica y la sexualidad infantil sigue siendo el propósito específico del proceso analítico. Hoy día no es la represión sexual de la moral victoriana el motor del malestar en la cultura, sino la anónima, y el miedo a no ser nada para nadie.

Yo opino que lo que Cornelius Castoriadis denomina “La institución imaginaria de la sociedad” tiene injerencia en nuestra tarea. Como señala Freud en la segunda tópica, el fantasma resultante es un mestizo entre las fuerzas pulsionales actuantes y las exigencias exógenas de la cultura y de los objetos significativos que modelan el conflicto, el pensamiento y la conducta. Estoy sugiriendo una propuesta de multicausalidad; con los seres vivos se requiere una epistemología específica.

Como el psiquismo es movimiento, la prevalencia de factores internos y exógenos es móvil y fluctuante entre diferentes personas y el interior de cada uno, y yo no me atrevería a cuantificarlos, aunque la sumisión o rebeldía a los imaginarios sociales son una arista o parámetro importante en la dinámica de todo el ciclo vital y no sólo de la grupalidad adolescente. Los estudios de Frankfurt acerca de la personalidad autoritaria apuntan en esta dirección. El magnetismo animal de Mesmer no perimió en el siglo XIX. Aunque ya no creamos en él, la sugestionabilidad de los imaginarios hegemónicos son una fuerza operante en los grupos humanos, un factor a tener en cuenta.

Las afirmaciones de los párrafos precedentes pueden ser consideradas por muchos colegas como ajenos al campo freudiano, que sólo debe ocuparse del recatado mundo interno y de la causalidad fantasmática. Pero la conversación inicial con los jóvenes, en la vida social y en la clínica, son diferentes que las de antaño. La novela familiar del neurótico buscaba el diálogo, apuntaba

a convencer y seducir, el conflicto y la angustia tenían un despliegue narrativo extenso.

Hoy día, la “crisis de pánico” es un prototipo de motivo de consulta que pone en evidencia que la relación con la palabra, su lugar en el funcionamiento psíquico es, en la civilización de la imagen y del Twitter, diferente al de la cultura en la que crecimos y maduramos. Como si el espacio mental se hubiera adelgazado y sólo el pasaje al acto o al cuerpo ofreciera el escenario para la expresión del malestar y del conflicto psíquico. Por supuesto que los cambios de la historia de la sensibilidad nunca son instantáneos ni totales, pero en el abanico de cambios culturales acelerados que acontecen, asistimos a una epidemia de casos límites (fronterizos, *borderline*) en detrimento de la novela familiar del neurótico.

En lugar de esta novela que, en general, se organiza en un tiempo interior que articula pasado, presente y futuro, este tríptico se reemplaza en el fronterizo por un relato circular, hermético, que se reitera en la extensión de una actualidad sobreinvertida, sin pasado precursor ni futuro resolutivo, alterando el ritmo habitual, metafórico-metonímico de la vida psíquica. Un hablar explosivo, catártico, que, al revés del histérico, no busca la interlocución.

Reitero que concuerdo con Green cuando habla del pasaje del paradigma del conflicto al paradigma del acto. Efectivamente, esos “casos graves”, casos límites, son más frecuentes en nuestra consulta, y para el psicoanálisis del siglo XXI es más decisivo pensar en las fallas de la simbolización —y sus consecuencias en el proceso analítico— que levantar el estandarte de la frecuencia de sesiones.

En la casuística actual con adolescentes y jóvenes es frecuente que el paciente “no venga”, sino que lo traigan, que lo empujen por un síntoma que

preocupa al medio familiar: por escarificaciones en la piel, por toxicomanías, crisis de anorexia o bulimia, etcétera. Es decir, por un acto auto o hetero destructivo. Los neuróticos de antaño hacían un trabajo previo con el malestar que era el prólogo del pedido de ayuda (Rodríguez llamaba a esto “transferencia primaria”) a ese trabajo previo que el consultante llevaba a cabo consigo mismo desde la percepción del material hasta la primera consulta. Cuando la entrevista inicial carece de este prólogo, nuestro posicionamiento es distinto.

¿Es acaso el mismo encuadre el de la cura clásica en que nos hemos capacitado que el trabajo con los casos límites? El ineludible trabajo de José Bleger acerca del encuadre define la necesidad de forjar referencias fijas —un no proceso— para albergar el diálogo analítico, con la regla de oro y la atención flotante.

Pienso que este es un punto capital para el psicoanálisis contemporáneo. En la noción de “encuadre” (aquello que es el marco fijo que alberga el proceso analítico con su regla de oro), Green distingue el “estuche” y la matriz activa. El estuche es el protocolo formal de un contrato de trabajo. La matriz activa que él llama “encuadre interno” es la estrategia para construir la especificidad de un diálogo analítico.

Estos pacientes llegan de un mundo —es decir, de un universo simbólico— donde nociones como familia, sexualidad, tiempo vivencial interiorizado, parentalidad, norma y transgresión, trabajo y ocio (el repertorio no pretende ser exhaustivo) tienen significados y resonancias distantes y distintas entre aquel que las emite y el que las escucha.

En la cura clásica, la lacónica neutralidad del analista y la atmósfera regresivante de la reiteración de sesiones era suficiente para reclutar transferencia. Con los casos límites hemos tenido que aprender o ensayar (en un duro y largo

aprendizaje) lo que he escogido llamar “trabajo del etnólogo”, es decir, postergar el lacónico silencio de las primeras etapas de un proceso con neuróticos y crear una chispa conversacional que nos permita familiarizarnos con ciertos códigos desconcertantes de nuestro interlocutor. Por ejemplo, un sobrecalentamiento de la actualidad en desmedro de un pasado precursor y de un proyecto de horizonte medioplacista. Como dije antes, un discurso catártico, explosivo, que evita la interlocución. En general la interminable repetición de la queja del síntoma que padece. Este punto me parece importante; yo inicié esta charla con una sinopsis un poco exhibicionista y patética de mi tierna infancia. Esto es algo que el fronterizo no podría o no sabe hacer.

Pienso que la vida psíquica normal o deseable navega en un tríptico en el que la actualidad se ve salpicada o interrumpida por un pasado de recuerdos o experiencias significativas, o un futuro de anhelos y proyectos.

En el fronterizo, este transcurrir que alterna momentos transitivos (de acción) y momentos reflexivos (de decantación) está fragmentado, y la introspección es

incapaz de conectar o vincular los diferentes escenarios. Para esto me parece verosímil la hipótesis metapsicológica de Green. Este autor vincula el trastorno con la acción de la pulsión de muerte. En las identificaciones arcaicas, en la imposibilidad de inscribir una representación —por ejemplo, la ausencia materna—, se inscribe un “vacío”, una “desertificación” del psiquismo, entramos en el campo de lo irrepresentable. Con ello perdemos el punto de apoyo para la interpretación clásica, y el diálogo buscado corre el riesgo de deslizar a ser dos monólogos extraños entre sí.

El analista, con la experiencia neurótica de su análisis personal, debe aprender a construir hipótesis sobre identificaciones arcaicas que apunten a neurotizarse el conflicto, volviéndolo figurable.

* * *

He sido demasiado largo y queda pendiente el debate de qué entendemos por fallas en el proceso de simbolización, cómo se detectan y cómo se procesan, pero eso queda pendiente para un debate de largos años.